

to á la parte orgánica, de ordenanzas y reglamentos de los Papas, es decir, en la realidad, de todo lo que la sabiduría humana conoce de más perfecto. De ahí aquella frase del publicista más profundo de los tiempos modernos: «¿Qué diremos de Roma? pregunta el ilustre conde de Maistre. En el gobierno de los Pontífices debe mostrarse el cristianismo de la manera menos equívoca. Por otra parte, es una verdad universalmente conocida que nunca se ha reprochado á aquel gobierno sino la dulzura. En ninguna parte se encuentra un régimen más paternal, una justicia más igualmente distribuida, un sistema de imposiciones á la vez más humano y más sabio, una tolerancia más perfecta.»¹

Entre tanto las horas habian huido rápidamente. Al salir del mundo administrativo y judicial, entramos en una tierra fecunda en recuerdos de nuestra antigüedad cristiana. Hé aquí, á la orilla del camino, la pequeña aldea *della Cattolica*. ¿De dónde le viene este nombre singular? En 359 se libraba una gran batalla en Rimini: el catolicismo, es decir, la verdad, la civilización, á libertad, estaban en guerra con el arrianismo, es decir, con el error, padre de la esclavitud y de la degradación. El arrianismo, sostenido por la astucia de sus jefes y por la espada de los Césares, triunfa un momento. Los Padres católi-

¹ Lettre sur l'Inq., lett. 1, p. 22.

A buen seguro que el monarca que por la fuerza de las armas, pero en nombre de la libertad y del sufragio universal, ha usurpado á la Iglesia los Estados Pontificios, pueda ofrecer en su gobierno, ya en la administración pública, ya en la organización y administración de la justicia, un cuadro medianamente semejante al que presenta el gobierno de los Papas. Si del porvenir se puede juzgar por el pasado, el gobierno de Víctor Manuel en el Piamonte y más tarde en lo que se ha llamado Italia, mezcla informe de principios democráticos y monárquicos, de sufragio universal y derecho hereditario, de liberalismo y usurpación, no ofrece garantía alguna de buena administración, de una administración fundada en los principios eternos de la Justicia y del Derecho.—N. del T.

cos ceden á la tempestad, y más bien que hacer traición al depósito de la fe, se destierran voluntariamente á la pequeña aldea en que estamos.

A este glorioso destierro debe el nombre que lleva. Saludamos, al pasar, á los ilustres campeones de quienes fué asilo; Febade d'Angen, Gervasio de Tongres, jefes de la valerosa corte, conservadnos la fe por la cual habeis combatido tan noblemente. El primero de estos santos obispos fué quien al saber la defección del más antiguo de sus colegas, el anciano Osio de Córdova, de cien años de edad, escribió una carta que es necesario leer cuando caen algunas de las grandes columnas de la Iglesia: «Yo no dudo, dice el nuevo Atanasio, de que despues de haber examinado y expuesto todas aquellas verdades á la luz de la inteligencia pública, se nos oponga, como una poderosa máquina, el nombre de Osio, el más antiguo de todos los obispos y cuya fe fué siempre tan segura; pero respondo en pocas palabras que no se puede emplear la autoridad de un hombre que se engaña ahora ó que se ha engañado siempre. Todo el mundo sabe cuáles han sido sus sentimientos hasta aquella edad avanzada; con qué firmeza recibió la doctrina católica en Sárdica y en Nicea y condenó á los Arrianos. Si tiene ahora otros sentimientos, si sostiene lo que ha condenado y condena lo que ha sostenido, lo digo todavía una vez más, su autoridad no es aceptable. Porque si ha creído mal durante cerca de noventa años, no creeré que él cree bien despues de noventa; y si cree bien ¿qué debe juzgarse de aquellos á quienes ha bautizado en la fe que él guardaba entonces y que han salido del mundo? ¿Qué se diría de él mismo si hubiese muerto ántes de esta asamblea? Luego, como he dicho, la preocupacion de su autoridad no tiene ninguna fuerza, porque se destruye ella misma. Así, leemos qu-

la justicia del justo no le salvará si cae en el error.»¹

El Símbolo de Nicea, rezado desde la *Católica* á Rimini, en reparación de los ultrajes hechos á la divinidad del Redentor, es dulce al alma como lo es al paladar el fruto comido en el momento de quitarlo del mismo árbol. Entramos á la antigua ciudad por la puerta Romana, formada de un bello arco de triunfo levantado en honor de Augusto. Como todas las ciudades escalonadas en esta costa, comprendiendo á Venecia, á Rimini, la antigua *Ariminum*, no es más que una sombra de sí misma. No se cuentan en ella más que diez y siete mil almas. El mar se ha alejado de sus muros y apenas se ven algunas huellas del antiguo puerto. Una parte de los mármoles que le embellecian adornan hoy muchas iglesias de la ciudad, entre otras la catedral. Este edificio, cuya fundación se remonta al siglo cuarto, merece, por modernizado que esté, la curiosa atención del artista cristiano.

Lo que lo hace, sobre todo, venerable á los ojos de la fe, es la sangre episcopal con que fué enrojecido por orden del emperador Constancio, protector de los arrianos y arriano él tambien. En tiempo del famoso Concilio, San Gaudencio, obispo de Rimini, desarrollaba con una irresistible lógica las astucias de Ursácio y de Valencio. Para responderle, empleó Constancio la lógica de los tiranos; le mandó degollar por los liectores del procónsul.² La catedral edificada sobre las ruinas del templo

¹ *Biblioth. PP.*, t. II.

En este pasaje se resuelven sencilla, pero eficazmente, las objeciones que el vulgo ha puesto en nuestros tiempos, fundadas en la caída del P. Jacinto y en la de dos ó tres preladados importantes que asistieron al Concilio Vaticano y tuvieron la desgracia de discrepar, ellos, miserables criaturas, por alta que sea su posición, del sentir infalible de la Iglesia á quien Dios tiene ofrecida su asistencia inmediata.—N. del T.

² Bar not. ad martyri 14 de Octubre.

de Castor y de Pollux, perpetúa todavía el recuerdo del triunfo del Evangelio sobre el paganismo, mientras que la de los Capuchinos señala el lugar del anfiteatro de Públio Sempronio, cuyos últimos vestigios protege. La estatua de bronce de Paulo V, levantada en la gran plaza, recuerda los beneficios del Pontífice; y en la Iglesia, el San Julian recuerda el pincel de Paulo Veronés, y repite con la elocuencia del génio, los combates y las victorias del glorioso mártir.

6 DE ABRIL.

Tribuna de César.—Capilla del milagro.—San Antonio de Padua; sus predicaciones á los peces.—Conversion de Bonvillo.—Puerta de San Juliano.—Puente de Augusto.—Paso del Rubicon.—Sérvia.—La Pignata.—Monasterio de Classe.—Mosaico.—San Romualdo.—El emperador Oton.—Rávena.

En la plaza del mercado se levantan dos monumentos que excitan desde luego la curiosidad del viajero. El primero es un pedestal de granito de un metro y medio de altura sobre cincuenta metros de latitud. ¿Qué cosa es este monumento trunco? ¿por qué está allí en medio de la calle, impidiendo el paso más bien que embelleciendo la plaza? Se os responde: A este pedestal está unido un hecho decisivo de la historia romana. Aquí mismo, de lo alto de aquella singular tribuna, arengó César á su ejército despues del paso del Rubicon para exhortarle á marchar sobre Roma. Ya se sabe cuáles fueron las consecuencias de esta arenga.

El segundo monumento es una bonita y pequeña capilla circular, cuya presencia en medio de la plaza pública es en realidad tan contrario á las reglas del buen gusto, que parece desde luego opuesta á las conveniencias religiosas. Pero estas conside-

raciones, por graves que sean, han debido ceder ante razones más graves todavía. En el lugar mismo ocupado por esta capilla ha tenido lugar un hecho admirable; no era necesario señalar el teatro de este hecho por un monumento durable para traerlo á la memoria de las generaciones futuras? Así lo pensó la reconocida ciudad, y de aquí el pequeño santuario cuyo origen es éste.

En el siglo cuarto habia nacido en el Oriente la secta impura del maniqueísmo. Esta heregía, oculta largo tiempo en Bulgaria, la heregía más peligrosa que desoló á la Edad Média, se habia extendido repentinamente en Europa á fines del siglo duodécimo. Bajo los nombres de Albigeneses y de Patarinos, sus sectarios infectaban con sus mortales venenos las ciudades y los campos. Para combatir esta repugnante béstia, la Providencia suscitó á los dos grandes patriarcas Santo Domingo y San Francisco con sus hijos. De todas las ciudades de la Románia, Rimini era tal vez la más enferma. San Antonio de Padua, el taumaturgo de la época, fué encargado de curarla; su reputacion le habia hecho acreedor á ello. Los herejes, conociendo bien que si iban á oírle eran vencidos, resolvieron no ir á sus sermones. El santo sube al púlpito y todo el mundo se aleja; la iglesia permanece casi desierta. El no se desalienta y vuelve al dia siguiente protestando que predicará aunque no hubiese ni un solo oyente. Los Patarinos comprendieron que la curiosidad acabaria por producir algunas defecciones en sus filas; resolvieron, pues, matar al santo. Antonio lo sabe y se encierra en su celda, pasando los dias y las noches en los ayunos, la oracion y los actos de la más espantosa maceracion.

Al cabo de algunos dias, inflamado con el espíritu de Dios, sale y va derecho á la orilla del Adriático, al lugar en donde el Marecchia, que pasa á Rimini, desemboca

en el mar. De pié en la orilla, llama en alta voz á los peces para celebrar las alabanzas del Criador, puesto que los hombres se niegan á oírlos. Un gran número de habitantes que la curiosidad habia llevado siguiendo al santo, ó que se encontraban allí de paseo, le tratan de loco y se detienen en espera de lo que sucederá. Al instante las olas se agitan y en la superficie aparecen tropas innumerables de peces, arreglados en bello orden, cada uno segun su especie. Los más pequeños están más cerca del santo, los otros, escalonándose, forman un gran anfiteatro. Sus cabezas, levantadas encima del agua, tan variadas en forma y en colores, parecen un tapiz de perlas en el azul de las olas; todos parecen estar atentos.

El santo les dirige entónces un magnífico discurso; les recuerda los beneficios particulares que han recibido del Criador, la variedad y la belleza de sus especies, la gracia y la agilidad de sus movimientos, la ventaja de su elemento, en donde no caen por cansancio como el pájaro viajero sobre el navio, ó el cuadrúpedo sobre la tierra; la seguridad de su habitacion, igualmente al abrigo del rayo y del granizo; la abundancia y la eleccion de su alimento; su multiplicacion maravillosa, que no exige ni los cuidados de la madre ni la leche de una nodriza; el privilegio de haber sido, entre todos los animales, los únicos que se preservaron del exterminio general en tiempo del diluvio. Les repitió el honor que han recibido muchas veces de ser empleados por su Criador mismo en diferentes oficios, salvar á Jonás, curar á Tobías, llenar las redes de los Apóstoles del Hijo de Dios y de haberse multiplicado en las manos de Jesucristo para alimentar á una muchedumbre en el desierto; haberle suministrado la pieza de moneda para pagar el tributo y su alimento favorito durante su vida mortal; haberle visto ca-

minar sobre su elemento y elegir por fin á sus pescadores para hacer de ellos pescadores de hombres.

Se diría que aquellos animales le comprenden; tan grande así es su atencion y tan vivos son los aplausos que dan á sus palabras, ya levantando la cabeza, ya abriendo la boca. 1 No hay necesidad de decir que los asistentes quedaron estupefactos á vista de semejante prodigio. Desde el principio acudieron á toda prisa muchos á la plaza pública, anunciando lo que pasó, y Rimini toda entera se despobló para ir á las orillas del mar. Entónces el santo da gracias á Dios y dice que está más honrado por los pescados que por los hombres herejes é infieles. Luego, bendiciendo á su mudo auditorio con la señal de la cruz, se despide de él; y todos los peces, agitando sus alas, moviendo sus colas y bajando sus cabezas, se sumergen en las olas y desaparecen. Semejante milagro hace caer á todo aquel pueblo de rodillas y le hace derramar torrentes de lágrimas. El santo se aprovecha de esta disposicion para mostrar con aquella elocuencia de fuego de que está dotado, la malicia enorme del pecado, y sobre todo, de la heregía. Casi todos se convierten en aquel momento.

Sin embargo, hubo un corto número de obstinados. En primera línea estaba un cierto Bonvillo, jefe de secta. Sea que no hubiera estado presente al milagro, sea que quisiera echarla de espíritu fuerte, se burlaba de aquellos que se habian convertido por haber visto, decia él, cinco ó seis pescados que se habian detenido por casualidad á la orilla del mar. Le ocurrió el pensamiento de arruinar la reputacion del santo pidiéndole un nuevo milagro que él miraba como imposible: "Seria indecente, le dijo él, para Jesucristo, que

1 El Guerichino ha inmortalizado este milagro en el soberbio cuadro que se ve en el palacio Borghese en Roma.

estuviese en la Eucaristía bajo las especies de pan y por eso no está en ellas; y para convencerte de ello quiero probártelo con mi asno. Tú le presentarás tu pan sacramental y veremos si lo adora." Al oír semejante blasfemia, el santo se sintió horrorizado; no obstante, inspirado por Dios, acepta el desafio y señala el dia de la prueba. Los herejes lo esperan con un aire de júbilo y cantan ya su triunfo; los católicos tiemblan no teniendo ya hácia el santo la confianza y la estimacion que merecia; sin embargo, sostiene todavía su valor el milagro de los peces. Entre tanto el santo ayuna, ora y no duda de la asistencia divina. Toda la ciudad está en suspenso.

La mañana del dia fijado, Antonio celebra la Misa: viene á la plaza pública con el Santo Sacramento, acompañado de sus religiosos, y se detiene delante de la casa de Bonvillo. Este se adelanta, con un aire despreciativo, con su béstia de carga, á la cual hacia tres dias que no le habia dado alimento. Al llegar delante del Santo Sacramento, le presenta avena. El santo dirige algunas palabras al pueblo inmenso que le rodea y le dice que tenga fe y devocion á Nuestro Señor; luego con una voz sonora llama al estúpido animal y le manda que vaya adorar á su Criador oculto bajo las especies sacramentales. A esta orden la béstia de carga deja la avena, se adelanta, se pone de rodillas, baja la cabeza y permanece en esta actitud respetuosa hasta que la santa hostia fué llevada á la iglesia. ¿Hay medio de negar un milagro de esta fuerza, hecho á la vista de todo un pueblo? De este modo el triunfo de los católicos y la confusion de los Patarinos fueron lo que debian ser. Bonvillo, estupefacto, atónito, movido por la gracia, abjura la heregia con tanta más gloria para la verdad, cuanto que fué grande su obstinacion y era él entre todos los